

La ontogenia –afirmaba solemnemente, un poco pedante y bastante en falso, Haeckel– es una abreviación de la *filogenia*.

Supongamos, lo que es suponer mucho y conceder más, que tal ley rija en biología, de modo que se pueda hablar de «ley biogenética». ¿Cabe una ley parecida en la evolución cultural de modo que el desarrollo cultural del individuo sea, o tenga y deba ser, una abreviatura, recapitulación o extracto condensado de la evolución cultural de la humanidad?

¿La ontogenia cultural es una abreviación de la filogenia cultural? ¿La pedagogía del individuo ha de ser por modo de recorrido acumulativo de la historia cultural de la humanidad?

Pensemos, por un instante, no hace falta más, lo que tal ley significaría: primero, si actuara cual ley natural: segundo –si se nos impusiera cual ley–, de moral, derecho, conciencia religiosa, política. Empédocles fue, hace sus buenos veinticuatro siglos, poeta, filósofo, príncipe y milagrero. Lo cual no es poco, por cierto. Pero, además de todo ello, declaraba con sencilla seguridad en sus poemas:

*Que ya yo mismo  
doncella y doncel fui;  
ave y arbusto,  
y en el Salado fui pez mudo.*

Darwin no aprovechó, que yo sepa, o no tuvo por válido semejante testimonio de una evolución integral del hombre: desde arbusto, pez, ave.

Dejemos este punto en su plano biológico, y preguntémosnos: para ser yo quien soy, es decir, para ser el que estoy siendo en *este presente cultural*, ¿es preciso que haya sido griego, romano, medieval, renacentista? O en filosofía, y así llevar ya el agua a mi molino: si quiero ser yo en filosofía –y no papagayo repetidor– y serlo en este presente mío y cultural, en que estoy siendo, sin posibilidad de irme a vivir al año 4000 *post-yo*, o al 4000 *ante-yo*, ¿será imprescindible que rehaga, al menos recapitulando, la historia íntegra de la filosofía –me haga por un tiempo griego, romano, medieval. Renacentista...; realista ingenuo, metafísico, subjetivista, idealista, marxista...–? Claro que no tanto tiempo cuanto fue menester históricamente para Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, Hegel... fueran lo que fueron.

Algo de esto hay en la intención, no sé si profunda, de esa necesidad de estudiar bastantes años, y justamente durante la ontogenia cultural –carrera– la *Historia de la filosofía*.

¿Debemos recorrer y hacernos griegos, romanos, medievales? ¿Debemos «ser» por un tiempo, platónicos, aristotélicos, tomistas, kantianos, hegelianos, marxistas... al modo que para ser corporalmente lo que soy –vertebrado mamífero– es imprescindible que haya sido, en la medida y escala embrionaria, unicelular... pez, reptil... primate?

Para nosotros, los del siglo xx, esa recapitulación que, al parecer, es la ley, filogenética cultural, no abarca aún gran número de *capítulos* a recorrer, pues la historia cultural, en especial la filosófica, no pasa gran cosa de veinticinco siglos, que, resumiditos, caben en una obra de no demasiadas páginas, y en una colección de textos clásicos de no desmesurado número de volúmenes, obras completas de Platón, Aristóteles, Kant, Hegel... Pero ¿y nuestros descendientes del año 4000, 10000, 20000? Porque no vamos a dar otra vez en una *escatología* o fin del mundo próximo, ya que sea el *Sésamo, ábrete* o el *Sésamo, ciérrate* de los lios que la historia «por venir» causa a los que viven de la historia «pasada», cuando creen que lo mejor pasó o advino ya.

Pensemos qué sucederá a nuestros descendientes de los años 3000, 4000, 5000, 10000, si se sintieran obligados por deber religioso, político, moral, jurídico a *recapitular*, con parecida proporción, lo que nosotros *recapitulamos* al cabo de veinticinco siglos de evolución mental, religiosa, filosófica, política...

Para poder vivir espiritualmente será menester que la condensación y recapitulación de la filogenia cultural crezcan en

progresión inversa al crecimiento directo del tiempo, y conforme adelanten los milenios vaya reduciéndose casi a un punto, a nombres ilustres y párrafos selectos de Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Santo Escoto, Kant, Hegel... por quedarme en filosofía.

Y si un pueblo, tenga o no la forma de nación, y la nación haya llenado o no a la rigidez estructural de Estado, tienen por delante indefinido «porvenir» dentro del indefinido futuro, es decir, filogenia cultural abierta, y si se trata de un pueblo joven, en estado de nación joven, con forma de Estado en fermentación, hay una cuestión que de grave se vuelve aguda: ¿cómo prever y procurar (el «*prévoir par pouvoir*», de Comte) que la historia, o la filogenia cultural, no recargue tanto la ontogenia –la formación individual o del pueblo–, que su peso haga ir encorvados a pueblos jóvenes, cual si fueran viejos, jadeando bajo la pesadumbre creciente de la tradición y sus obras: religiosas, sociales, políticas, filosóficas?

Insinúo una posible respuesta: ningún pueblo, y menos los jóvenes, ha de tomar la tradición, o la filogenia cultural, como *deber de conciencia*: política, religiosa, moral. Nada de religión nacional, de filosofía nacional, de filosofía de una religión, de filosofía de un Estado... Menos aún bajo esa forma de *deber* que enseña los dientes: tras la forma de «derecho», cuando más ha de servir la tradición –religiosa, moral, política, filosófica...– a manera de modelo, de consejo, de líneas generales.

Lo mejor, creo, es tomar todo lo recibido, pertenezca al orden que pertenezca, cual «material a asimilar», cual alimento, con igual naturalidad, más allá de todo deber, para asimilación y desasimilación, de digestión y deyección, como la vida biológica trata los alimentos. Nada de vacas sagradas, de escarabajos sagrados; que en eso, bajo forma más o menos reconocible, terminan todas las formas culturales –religiosas, políticas, filosóficas...–, cuando se las acepta por «deber» de conciencia, se las impone por «derecho» y se las remiacha por «fuerza».

Y lo peor no es eso: el resultado de tales procedimientos y actitudes, frecuente e inconscientemente proclamados, es atasco de la filogenia, de la evolución cultural, sobrecargo asfixiante de la ontogenia cultural: de la formación individual y popular.

Por ese camino de los *deberes* nos quedaremos en *lortugas*, sin llegar, culturalmente, a *hombre*: a animal racional.